

La iglesia frente a las teologías laicas del período entreguerras. Una situación difícil

The church in the face of the secular theologies of the interwar period. A difficult situation

Cagni, Horacio Carlos

CONICET- Universidad Nacional de Tres de Febrero

horacan@hotmail.com

Recibido: 30 de agosto 2012. Aceptado: 5 de octubre de 2012.

Resumen

La modernidad presenta un quiebre entre lo sagrado y la vida cotidiana. El ámbito de lo sacro pasa a ser discursivo; el hombre ya no encuentra un auténtico sentido a su vida. Ante el creciente proceso de secularización, aparecen los intentos de sustitución de Dios por la autoridad del pueblo, la ley, la nación, la raza, la clase, la ciencia.

La ideología se convirtió en el sucedáneo más eficaz. Las más importantes del S. XX, nacidas y desarrolladas en Europa pero de alcance mundial, fueron el comunismo y las distintas formas de nacionalismo.

La Revolución Rusa presentó una ideología devenida en teología laica. En los años veinte y treinta, surgieron partidos de masa antibolcheviques, sobre todo en Italia y Alemania -fascismo y nacionalsocialismo-, basados también en postulados de teología política. Todos ellos prometían el fin de la alienación y una sociedad mejor y más justa.

La Iglesia católica no fue ajena al proceso de complejización de la sociedad urbana tecnomquinista y sus derivados secularizantes. Pronto debió competir con las "nuevas religiones laicas", particularmente en términos de la educación de la juventud. Pero mientras que con el comunismo ateo no existía ninguna posibilidad de diálogo, con el fascismo y el nacionalsocialismo existió una relación ambigua y tirante, basada en concertaciones y enfrentamientos por igual.

Palabras clave: Iglesia-teología-comunismo-fascismo-nacionalsocialismo

Abstract

Modernity presents a rupture between the sacred and everyday life. The realm of the sacred becomes discursive, man no longer finds an authentic meaning to his life. With the growing process of secularization, intents to replace God with the peoples authority, the law, the nation, race, class and science appear. Ideology

has become the most effective substitute. Communism and different forms of nationalism were born in Europe in the 20th century but their reach was worldwide. The Russian Revolution presented an ideology turned secular theology. In the twenties and thirties anti-bolchevik mass parties emerged, particularly in Italy and Germany -fascism and national-socialism- based also on principles of political theology. All of them promised an end to alienation and a better and fairer society. The Catholic church was not immune to the process of the greater complexity of the techno-machinist urban society and its secularized derivatives. Soon it was forced to compete with the “new secular religions”, particularly in terms of youth education. But while with communism exist impossibility of dialogue, with fascism and nazism there was an ambiguous and tense relationship, based on agreements and confrontations alike.

Key words: Church-theology-comunism-fascism-national-socialism

En el abordaje, estudio e interpretación de los distintos procesos históricos podemos encontrar una lectura habitual que hace referencia a la estrecha relación entre los factores económicos y los elementos políticos, una excesiva interdependencia que muchas veces olvida que la política tiene su raíz y su esencia en la concepción religiosa de los hombres. Es decir que, entre los fenómenos políticos y económicos, entre las formas del Estado y la cultura, se dan diversas relaciones que, en lo específicamente político, guarda un *origen religioso*.¹

Resulta esencial definir entonces las relaciones entre religión, teología, política e ideología en tanto componentes del proceso característico de la Modernidad/Posmodernidad, motivación medular de esta breve reflexión.

En razón de este desenvolvimiento histórico, en tanto devinieron de la Teología -el Dios omnipotente convertido en legislador todopoderoso, el estado de excepción jurídico como milagro teológico, etc.-, todos los conceptos sobresalientes de las modernas teorías del Estado son *conceptos teológicos secularizados*.² Religión es vida en y con lo suprasensible; religión es, ante todo, metafísica. En un plano inferior, la ideología es definida de modo sintético y claro por Eatwell: “es un conjunto relativamente coherente de ideas y creencias de tipo empírico y normativo, en torno a la naturaleza humana, al proceso histórico y a las cuestiones sociopolíticas”. Tal definición se contrapone, obviamente, a la ideología vista desde el individuo singular, visión menos coherente y más parcial.³

1 Al respecto, ELIADE, Mircea: *Tratado de Historia de las Religiones*. Era, Méjico, 1979. Cap. I.

2 SCHMITT, Carl; *Teología Política*. Struhart, Buenos Aires, 1985, III.

3 EATWELL, Roger: *Fascismo. Verso un modello generale*. Antonio Pellicani, Roma, 1999, p. 31.

En la Modernidad, bajo la influencia de los ideales de la Ilustración, el “conocimiento” de lo sagrado devino discursivo, racional, sin pertenencia ni participación. El hombre ya no le encuentra un auténtico sentido a su vida. Dios le resulta ausente y -en todas las manifestaciones de la literatura y el arte desde entonces- se le pide que se manifieste, que se justifique frente al hombre y no a la inversa. Si Dios ha muerto -Nietzsche dixit- sólo queda un hacer vano.⁴

Basta señalar, al respecto, que en la Modernidad aparecieron también los esfuerzos de sustitución de Dios por la autoridad del pueblo, de la ley, la nación, la raza, la clase, la democracia: todos son por igual ídolos sucedáneos. La gente puede asimismo refugiarse en el “humanismo”, la ciencia o las sectas religiosas, o simplemente sumirse en el desorden y la anarquía moral. Pero, en general, prefieren sustitutivos más aproximados a las formas religiosas tradicionales. *La ideología se consolidó como el sucedáneo más eficaz.*

No interesa aquí desarrollar este proceso sociotecnológico y cultural, cuyo parto podemos ubicar en la Revolución Francesa de 1789, que entronizó el mesianismo político, a partir del deísmo y el culto profano del Estado y la Revolución. Hijas de esta nueva concepción del mundo, las ideologías más importantes del siglo XX fueron el comunismo y las distintas formas de nacionalismo.⁵

El comunismo moderno es una escuela de pensamiento, una doctrina y una praxis política atea, secular y profana, tal como lo exponen sus propios principios doctrinarios. El marxismo era tributario del economicismo manchesteriano y del método hegeliano, pero tenía un contenido *veterotestamentario*, propio de la tradición judía escatológica de Marx. Era una visión laica del *profetismo*, donde el burgués y el proletario representaban el gentil y el elegido, el pecador y el santo. La visión de la religión de sus fundadores, Carlos Marx y Federico Engels, es que resulta “el opio del pueblo”, una superestructura que oculta la realidad de la lucha de clases, haciendo que el débil espere la salvación mientras el poderoso lo explota.⁶

No obstante las variantes y matices desde Lenin hasta Stalin, el bolchevismo siguió significando una *religión mundial*, lo cual ha permitido decir acertadamente a Oswald Spengler que esta concepción tiene santos, apóstoles, mártires, padres

4 Al respecto, FREYER, Hans: *Teoría de la época actual*. F.C.E., Méjico 1958, pp. 141-142.

5 El clásico de TALMON, Jacob: *Mesianismo Político*, Aguilar, Madrid 1969, sigue constituyendo la obra más esclarecedora sobre los orígenes jacobinos de las ideologías de masa contemporáneas. La común acepción es que “comunismo” es un concepto universal, mientras que “bolchevismo” se refiere específicamente a la experiencia soviética.

6 Una clara y concisa exposición de este fenómeno político en CHEVALLIER, Jean Jacques: *Los Grandes Textos Políticos*. Aguilar, Madrid, 1997, pp. 262-298.

fundadores, dogmas, inquisición, una ortodoxia y una escolástica como cualquier iglesia⁷.

Los primeros bolcheviques, siguiendo fielmente las consignas de Marx y Lenin, consideraron a la religión como superstición y oscurantismo, totalmente alejada del materialismo dialéctico y el comunismo “científico”. La doctrina bolchevique no podía tolerar la coexistencia con otra “verdad”. Además, en el plano político, se asociaba a la Iglesia Ortodoxa con la autocracia zarista y la explotación del pueblo.

A la toma del poder, los comunistas adoptaron medidas para debilitar y, eventualmente, eliminar la religión organizada, particularmente el catolicismo romano y la ortodoxia rusa. La campaña contra la religión, iniciada en 1917, prácticamente nunca cesó mientras los comunistas estuvieron en el poder, si bien matizada por las necesidades históricas y políticas. Se abolió el Patriarcado, se prohibió la instrucción religiosa en las escuelas y se confiscó y nacionalizó la propiedad eclesiástica. El “clero reaccionario” fue reprimido, perseguido, encarcelado e, incluso, muchos de sus representantes ejecutados durante el stalinismo. Miles de iglesias fueron cerradas, convertidas en museos o confiscadas para finalidades recreativas, militares e industriales.⁸

Ante la violencia criminal de los bolcheviques, la Iglesia Ortodoxa Rusa respondió mediante una Carta Pastoral del Patriarca Tijón:

La Santa Iglesia cristiana ortodoxa está atravesando un período difícil. Los enemigos abiertos y ocultos de la verdad de Cristo pretenden asestar un golpe mortal a Su causa (...) sembrando en todas partes las semillas de malicia, odio y guerra fratricida” (...) Por la autoridad que Dios me ha conferido les prohibo (a los bolcheviques) participar de los misterios cristianos, y les anatematizo si todavía llevan un nombre cristiano y pertenecen, aunque sea sólo por nacimiento, a la Iglesia Ortodoxa.⁹

Con la muerte de Lenin las cosas se agravaron aún más. Para el sucesor Stalin, la alternativa a la revolución permanente de Trotsky era el *socialismo en un solo país*, lo cual significaba edificar la sociedad socialista completa en Rusia, contando con la simpatía y apoyo de los proletarios de los demás países pero sin necesidad de que estos triunfaran.¹⁰ El Partido se identificó con el Estado. La

7 SPENGLER, Oswald: *Años Decisivos*: Espasa Calpe, Madrid, 1962, p. 125.

8 Mc CLOSKEY & TURNER: *La Dictadura Soviética*. Morata, Madrid, 1963, Tomo 2, pp. 660 y ss.

9 Contendida en VIDAL, César: *La Ocasión Perdida. La Revolución Rusa de 1917*. Península, Barcelona 2005, pp. 218-219. El Padre Tijón, fallecido en 1925, fue sucedido por el Patriarca Sergei, pro-bolchevique.

10 STALIN, José: *El Gran Debate 1924-1926. Tomo 2: El socialismo en un solo país*. P y P. Córdoba, 1972, pp. 117-118.

dictadura del proletariado devino un concepto estatal que incluyó forzosamente la idea de violencia, pues para el stalinismo sin violencia no se llega a los objetivos revolucionarios. El desarrollo del aparato policial en el plano interno y del aparato militar en el externo, más las necesidades de modernización e industrialización rápida, incrementó hasta el paroxismo el poder del Estado, así como del dictador en persona.

Si bien el culto de la personalidad ya era una realidad en los últimos años de Lenin, con Stalin culmina la exaltación del Estado y su aparato, lo cual tendría notables consecuencias futuras: el endiosamiento de la revolución soviética y su jefe, y la recuperación de los mitos nacionales, como en cualquiera de los nacionalismos. Como bien apunta Lefebvre, Stalin se transforma, así, en hegeliano.¹¹ El stalinismo se acercó a una suerte de fascismo rojo, con la diferencia de que en la URSS no tenía cabida ninguna fe ni doctrina de trasmundo. La nueva religión materialista era el comunismo, y Moscú su bandera y guía a nivel planetario.

No obstante, a pesar de las brutales medidas anticristianas, era evidente que, al advenimiento de la Segunda Guerra Mundial, la campaña bolchevique para eliminar la fe religiosa en el pueblo ruso no había logrado sus objetivos. Como resultado del conflicto, hubo una política más conciliadora respecto de la religión, buscando reducir tensiones internas y aumentar el apoyo popular al esfuerzo militar. La Iglesia Ortodoxa Rusa fue reconocida, al precio de renunciar a su fuerza política independiente. El Patriarca Sergei consideró a Stalin un “jefe elegido de Dios”. Los metropolitanos terminaron como parte de la *Nomenklatura* y apoyaron activamente la política exterior soviética, tanto durante el conflicto mundial como en la posterior Guerra Fría.

En 1942, el Patriarca de Moscú sacó un libro, lujosamente encuadernado e ilustrado, titulado *La Verdad acerca de la Religión en Rusia*. Sergei afirmaba en dicha obra que la pérdida de las propiedades rurales y de otra índole, para la Iglesia y sus monasterios no significaba ninguna persecución, sino “una vuelta a los tiempos apostólicos, cuando los sacerdotes seguían su vocación más acorde a las enseñanzas de Cristo”. Aunque no había capellanes en el Ejército Rojo, la Iglesia “le ayudaba con sus plegarias, donativos y colectas”. Los jefes de la Iglesia Ortodoxa Ucraniana -que colaboró con los alemanes durante toda la guerra- fueron considerados traidores a la Madre Rusia.¹²

11 LEFEBVRE, Henri: *Problemas actuales del Marxismo*. Nagelkop, Córdoba, 1965, p. 132.

12 Todos datos de WERTH, Alexander: *Rusia en la Guerra 1941-1945*. Grijalbo, Barcelona, 1968, pp. 402-404. Werth era corresponsal de guerra estadounidense en Rusia.

Pero es menester relevar otro aspecto histórico. En el período entre ambos conflictos mundiales la *reacción europea* complicó las cosas, al entrar en la dialéctica como fuerzas antibolcheviques. A diferencia de la revolución jacobina de 1789, ahora existían no solo gobiernos contrarrevolucionarios sino *partidos de masa anticomunistas*, de corte nacionalista “integral”. En Italia y Alemania surgieron los partidos de la “contra guerra civil”: el fascismo en 1922 y el nacionalsocialismo en 1933. La burguesía media, asustada ante la posibilidad del éxito comunista, prestó todo su apoyo al nuevo sistema político, hasta derivar en una “contra fe”; el proceso tuvo su culminación en el segundo conflicto mundial, que devino en una *guerra civil internacional*.¹³

La comunidad nacional reunida derivó crecientemente en una *fe civil* en reemplazo de la fe religiosa tradicional, debilitada por el proceso compulsivo de la industrialización y el avance urbano y cosmopolita de la sociedad de masas, producto de la modernización.

Siguiendo la impronta hegeliana vista a través del prisma del filósofo Giovanni Gentile, el fascismo italiano o “histórico” se presentó como una *fe alternativa*.¹⁴ Coincidiendo con el fascismo en sus bases totalitarias, pero a la vez diferenciándose netamente, el nacionalsocialismo alemán puso el énfasis en el aspecto racial de la nación.

En una nación privada de unidad como Alemania, la exaltación de la voluntad nacional como valor supremo fue estimulada por dos factores: el surgir del nacionalismo fundado en el pueblo -*Volk*- como entidad cimentada por sus propios mitos y símbolos, y la aparición de la política de masas. Esto se emparenta con la liturgia de las ceremonias públicas, puesto que el nazismo necesitaba del culto nacional.¹⁵

Después de haber consolidado el poder sobre bases firmes, el fascismo histórico también se dedicó a elaborar una liturgia nacional coherente con los mitos, ritos y símbolos de unidad, como parte esencial del proyecto de formación totalitaria del “nuevo italiano”. Esta acción se desarrolló “con la institución de un

13 Es la tesis de NOLTE, Ernst: *Dramma dialettico o tragedia? La guerra civile mondiale e altri saggi*. Perugia University Press, Roma, 1994, p. 41 y ss.

14 “El fascismo es una concepción religiosa, en la cual el hombre es visto en su inmanente relación con una ley superior y una voluntad trascendente (...) la concepción fascista está por el Estado, conciencia y voluntad universal del hombre en su existencia histórica (...)”. MUSSOLINI, Benito: *La Dottrina del Fascismo*. Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma, 1937, I: Idee Fondamentali.

15 MOSSE, George: *La Nazionalizzazione delle Masse*. Il Mulino. Bologna, 1975, p. 29.

sistema orgánico de ritos, fiestas y manifestaciones colectivas, para celebrar el culto del *littorio* durante todo el año del calendario fascista”.¹⁶

Este fenómeno era al mismo tiempo cristiano y anticristiano. Las ceremonias políticas eran cristianas en cuanto adoptaron el ritmo del cristianismo; tampoco se discutía la fe. Lo anticristiano eran algunas específicas contraposiciones a ciertas partes de la liturgia cristiana, a la creencia en el Cristo redentor de toda la humanidad, en Alemania a que el bautismo fuera más importante que la raza, y sobre todo el enfrentamiento con la potente organización de la Iglesia, particularmente por la educación de la juventud.¹⁷

A principios del XX se gestó en Alemania una fe germánica. Julius Langbehn, en su *Rembrandt als Erzieher - Rembrandt como educador*- propuso “la recuperación del alma germana”. Sostenía que, mientras los judíos la habían perdido y los franceses la debilitaron con la revolución, los alemanes tenían un alma que identificaba al *Volk* con el Dios absoluto y un Cristo “germanizado”.¹⁸

Cabe destacar que en Alemania el protestantismo era la religión del Estado, y que desde la Reforma la fisonomía de la liturgia protestante había quedado mal definida, con la consecuencia de que en el protestantismo podían entrar elementos extraños, incluso paganizantes, producto de una revalorización del pasado precristiano. Así se forma un “cristianismo germánico”, y hasta se hizo un esfuerzo por “desjudaizar” los Evangelios. Por lo tanto, el apoyo protestante al régimen estaba casi asegurado.

Todo este proceso estará enmarcado en una política antijudía. No pudiendo completar plenamente una revolución económica y social -afirma Mosse-, el nazismo profundizó una revolución contra los hebreos. Este punto es capital, porque el ideal necesitaba un *anti-tipo*. Se precisaba un antitipo para la idea racial y el judío asumió este rol. El hebreo no encontró jamás un lugar en la liturgia: entró en el juego como *contraimagen*. Además, durante los años 1918-19, los judíos europeos aparecen liderando un buen número de revoluciones: Eisner en Baviera, Bela Kun en Hungría, etc. Pero además -Nolte y Mosse lo afirman- en la Unión Soviética el número de miembros hebreos en el *Politburó* parecía, a algunos, desproporcionado. Así, los que apelaban a una conspiración mundial “judío-capitalista”, la transformaron en *judío-bolchevique-capitalista*.

16 GENTILE, Emilio: *Il Culto del Littorio*. Laterza, Roma-Bari, 1995, pp. 169-170

17 Para la relación dialéctica cristianismo-anticristianismo, véase MOSSE, George: *Intervista sul Nazismo*. Laterza, Roma-Bari, 1977, pp. 18-22.

18 MOSSE, George: *Le origini culturali del Terzo Reich*. Il Saggiatore, Milano, 1984, pp. 65 y 116.

Esta religión laica requería de una estética acorde. El movimiento nacionalsocialista recogió una gran herencia artística. La idea de maridar los principios de la estética con el nuevo estilo político encontraron una expresión suprema en Richard Wagner: él quiso llevar el mito al pueblo a través de la recuperación de un cristianismo paganizante (*Parsifal*). Ello prueba hasta qué punto el régimen se sustentaba en las irracionales y míticas raíces del pasado.

La Iglesia ante las teologías laicas

Resulta necesario, en este artículo, tratar el tema de las relaciones entre el cristianismo y la nueva fe de masas. Desde hace tiempo, diversos autores tratan de unir a la Iglesia Católica -en su máxima expresión como estructura, la potente organización del Pontificado y la política vaticana- al navío hundido del nacionalsocialismo, con el fin explícito o implícito de desacreditarla y estigmatizarla. Resulta evidente en el libro de John Cornwell, cuyo solo título indica el enfoque, y en el anterior, más serio, del especialista en catolicismo Karlheinz Deschner.¹⁹

En resumidas cuentas, la crítica es la misma. En julio de 1933 Hitler, que había llegado al poder en enero, y el entonces Nuncio Papal, Eugenio Pacelli, suscribieron el Concordato entre la Santa Sede y el Reich, considerado un acuerdo que, a la larga, hizo que la política de poder del Vaticano deviniera en complicidad con las “fuerzas del mal”. El protagonista principal de dicha política fue el propio Pacelli, luego, a partir de 1939, Papa Pío XII.

Hitler despreciaba el cristianismo organizado, pero a la toma del poder se presentó como el impulsor de una *política de la virtud*, de regeneración nacional. Del cristianismo llegó a decir que constituía “la base de toda nuestra salud moral”, y de la familia que “era la célula germinal de nuestro cuerpo étnico y político”.²⁰ Los católicos recibieron bien al Concordato, que garantizaba “la libertad de profesar la fe y el ejercicio público de la religión católica”, a cambio de que la Santa Sede no interviniera en cuestiones internas alemanas.²¹

Existía también la experiencia fascista. En el centro de la catolicidad, como era Italia, ningún proceso de nacionalización y movilización de masas podía prescindir de la existencia del Pontificado. Aún Benito Mussolini, socialista de

19 CORNWELL, John: *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII*. Planeta, Buenos Aires 2000. DESCHNER, Karlheinz: *Con Dio e con il Führer. La política dei Papi durante il nazionalsocialismo*. T. Pironti Ed., Napoli, 1997.

20 KOONZ, Claudia: *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*. Paidós, Barcelona, 2005, p. 52.

21 SNYDER, Louis: *Encyclopedia of the Third Reich*. Mc Graw Hill, London, 1976, p. 58.

origen y gibelino por sentimiento, comprendía que toda política de unidad nacional debía contemplar buenas relaciones con la Iglesia. La ocupación de Roma en 1871 había tenido como consecuencia la ruptura entre Italia y el Solio, sin que la Ley de Garantías pudiera subsanarla. El Papa siempre se había considerado un prisionero en territorio italiano. El fascismo introdujo nuevamente la enseñanza religiosa en los colegios y concediendo diversos beneficios al clero, llegó finalmente, en febrero de 1929, a conciliar los intereses de Iglesia y Estado con el Tratado de Letrán, donde se reconocía la creación de un pequeño Estado papal soberano, con administración propia: la ciudad del Vaticano. Además, Italia indemnizaba al Solio con mil setecientos millones de liras en efectivo y títulos.

Por cierto que en el fondo se trataba más de política práctica que de convicción por parte del fascismo. Los cuadros fascistas, con el *Duce* a la cabeza, eran librepensantes y de jóvenes habían tenido actividades hostiles hacia el clero. Eran hombres íntimamente irreligiosos y agnósticos, independientes de los dogmas católicos que sin embargo admitían la realidad histórica del catolicismo y de la Iglesia como organización y factor político. Se trataba de un *catolicismo pragmático*.

Mussolini aseguró: “la tradición latina e imperial de Roma está hoy simbolizada en el catolicismo (...). Es preciso que el espíritu popular encuentre en el ideal religioso el impulso necesario para desplegar su potencia intelectual”²². El Estado pasó a reconocer al catolicismo como única religión oficial y en los procesos de movilización política se utilizaron ampliamente los símbolos católicos, como la bendición de las bayonetas, la advocación de San Bernardo como protector de las corporaciones, el reconocimiento de los misioneros italianos de oriente como ejemplo y avanzada de la nueva Italia. El Papa se atribuyó, por otro lado, soberanía interna plena en su Estado, con embajadas acreditadas, administración pública interna, etc. Era más de lo que una exigente Iglesia podía pedir.

Cuando se anunció al mundo la Conciliación entre Iglesia y Estado, Pío XI afirmó públicamente: “Se necesitaba un hombre como el que la Providencia nos hizo encontrar (...) un hombre sin las preocupaciones de la escuela liberal (...)”. El obispo de Pisa, Maffei señaló: Bendícelo, Señor, con loas a la persona que preparaste en tus grandes designios...”²³.

En todo caso, afirmaciones como estas estaban a tono con el creciente endiosamiento de Mussolini. Sergio Pannunzio, utilizando las figuras carismáticas de Robert Michels y Max Weber, sostenía: “El Duce es una figura ideal en sí (...)

22 Cit. en ESCHMANN, Ernst: *El Estado fascista en Italia*. Ed. Labor, Barcelona 1931, pp.105-106.

23 BIONDI, Dino: *La fabbrica del Duce*. Vallecchi, Firenze 1973, pp. 177-178.

heroica, histórica, filosófica, no jurídica, y en cuanto tal, excepcional, irrepetible e irreproducible(...)"²⁴.

Ello no significó que el matrimonio entre el Vaticano y el Estado fascista haya sido feliz. *Civiltà Cattolica* de inmediato interpretó los Acuerdos Lateranenses -a principios de 1929- no solo como una liberación pontificia sino como una renovación de Italia, "vuelta cristiana en su legislación, educación, vida doméstica y civil, privada y pública"; es decir, "el reconocimiento práctico y solemne de la religión católica apostólica romana como la sola religión del Estado italiano". La respuesta oficial, en el *Giornale d'Italia*, no se hizo esperar: "un punto fundamental de los Acuerdos es el que hace al carácter confesional de Italia, carácter de nuestro país, que asume una nueva forma jurídica. Del resto, las leyes fascistas en varias ocasiones han rebatido el principio del confesionalismo"²⁵. Una cosa era el carácter confesional del pueblo italiano y otra, muy distinta, una política confesional.

Era obvio, entonces, que los roces entre Iglesia y fascismo se dieran en el plano de las cuestiones de soberanía, allí donde la letra y el espíritu del Pacto de Letrán no fueran suficientemente claros. Era inevitable el choque respecto de la *educación de la juventud*. Todos los fascismos reivindicaron para sí la formación de un "hombre nuevo" -ya orientado a la modernidad como en el caso italiano, ya recuperando el pasado, como el alemán- a través de mecanismos de formación y educación del movimiento juvenil. Los jóvenes, se decía, eran la "garantía del futuro". Escuelas, profesores y textos estaban orientados en tal sentido, guiados y controlados desde los aparatos del Estado.

La Iglesia no era, en absoluto, ajena al proceso de complejización creciente de la sociedad urbana tecnomaquinista y sus derivados secularizantes. Dos meses después de la "Marcha sobre Roma" de octubre de 1922, el Papa Pío XI, en su Encíclica *Urbi Arcano*, fundaba la *Acción Católica*, organización universal y oficial del apostolado de los laicos que perdura hasta nuestros días, definida como "la participación de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia". Su base es la organización en cuatro ramas: hombres, mujeres y jóvenes de uno y otro sexo; la formación católica y la catequesis de los jóvenes fue prioritaria. Mussolini había decidido aceptar y reconocer explícitamente la existencia de la *Acción Católica* y, más grave para él, de la *Juventud Católica* italiana. Merced a este reconocimiento, las organizaciones católicas, especialmente las juveniles, habían obtenido un notable avance, favorecidos por la atención que la Iglesia y Pío XI les habían dedicado, pues

24 Citado en GENTILE, Emilio: *La vía italiana al totalitarismo. Partido y Estado en el régimen fascista*. S. XXI, Buenos Aires, 2005, p. 278.

25 LONGHITANO, Rino: *La política religiosa di Mussolini*. Cremonese, Roma, 1938, p. 248.

veían en ella el instrumento adecuado para contrarrestar la creciente fascistización de la sociedad peninsular.²⁶

El tema de la juventud se transformó en un conflicto grave. El 29 de junio de 1931, Pío XI promulga la Encíclica *Non abbiamo bisogno*, en la cual hace un llamado a la Acción Católica mundial a defenderse del avance de la nueva fe política, “expresando unánimemente la penosa sorpresa de verse perseguida y herida la Acción Católica en el propio centro del apostolado jerárquico (...) como si fuera una vasta y peligrosa asociación criminal.”²⁷

Este documento pontifical provocó otras restricciones para los católicos. Durante 1932 los fascistas ultracatólicos fueron purgados del Partido y los chicos en edad escolar fueron presionados a integrar organizaciones fascistas. Nuevas leyes de tolerancia religiosa, en cambio, favorecieron a protestantes y judíos.²⁸

Pero la evolución de los acontecimientos evidenció, con los llamados “años del consenso”, que el fascismo -altamente eficaz en el proceso de construcción y consolidación de una nueva sociedad- se fortaleció. Pese a los compromisos que debió asumir con la vieja clase dirigente, en vísperas de la guerra, el ala política del régimen había asumido el monopolio del poder casi por completo, excluyendo a los otros sectores. Evidentemente, si la guerra no hubiera hecho caer el sistema en 1943, la corona, el ejército, el poder judicial, que no habían sido totalmente controlados, habrían terminado también sometidos. Según De Felice, si no hubiera sido derrocado, el fascismo habría erosionado también el mundo católico, “pues en su conjunto los católicos se iban descatólicando y nacionalizando.”²⁹

Si bien, en el caso italiano, los roces entre fascismo e Iglesia no pasaron a mayores hasta bien entrada la guerra -un conflicto desfavorable que obligó al Vaticano, siempre ante el fantasma creciente del bolchevismo, a acercarse a los Aliados occidentales-, en Alemania fue muy diferente.

La doctrina fascista establecía bastante claramente las distinciones y relaciones entre fe, religión, Iglesia, doctrina política, nación y Estado. El nazismo era un movimiento tan compacto, tan imbuido y subsumido en una estética *völkisch*, con un carácter tan marcadamente seudoreligioso, que dichas distinciones no eran muy precisas. Enunciados los aspectos relacionados con la liturgia de masas y los componentes cristianos y anticristianos, interesa destacar brevemente

²⁶ Las relaciones entre Estado fascista y Acción Católica en DE FELICE, Renzo: *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso 1929-1936*. Einaudi, Torino, 1974, p. 240 y ss.

²⁷ *Non abbiamo bisogno*. I, 4 y 5.

²⁸ PAYNE, Stanley: *A History of Fascism 1914-1945*. Routledge, London, 2003, p. 216.

²⁹ DE FELICE, Renzo: *Entrevista sobre el fascismo*. Sudamericana, Buenos Aires, 1979, p. 59.

las relaciones entre Estado e Iglesia en el III Reich y la política nacionalsocialista respecto del Vaticano.

Es cierto que, iniciado 1933, ante las elecciones que darían el poder al Partido Nazi, el jefe del católico partido del Centro -*Zentrum*-, Monseñor Kass, viajó a Roma a pedir consejo al Papa. Pío XI fue tajante: tienen que votar por Hitler. En ese momento no había más que dos alternativas, dos partidos antisistema: comunistas y nacionalsocialistas. Hitler estaba cerca de círculos católicos, él mismo como austríaco era, al menos formalmente, de fe católica y pagaba religiosamente el diezmo. En el Partido Nazi entonces revistaban políticos católicos relevantes, como Franz von Papen. Con Hitler se podía dialogar, jamás con Stalin y los bolcheviques. El triunfo del Partido Nacionalsocialista -*NSDAP*- fue recibido con alegría por los Cardenales Kaas, Pacelli, Orsenigo y la curia alemana, como “abierto desafío al bolchevismo, cuya eliminación constituye una de las principales preocupaciones de la Santa Sede”. Pío XI señaló públicamente “Hitler es el único jefe de gobierno que no sólo comparte mis opiniones sobre el bolchevismo sino que tiene el coraje de desafiarlo abiertamente”.³⁰

La “firme protección” del cristianismo que el gobierno del Reich proclamaba, se reveló como una empresa nazi propagandística, tanto en el contenido como en la forma. Hitler orientó su propaganda según las confesiones, católica o protestante. En septiembre de 1933, luego de la ratificación del Concordato por el nuevo gobierno, el Ministerio de Propaganda montó una ceremonia cuya amplitud procuró al Reich una publicidad sin precedentes. Una misa solemne en la catedral de Santa Eduvigis en Berlín, difundida por altoparlantes, fue acompañada de una procesión donde grupos de SA y SS católicos desfilaron llevando el estandarte con la cruz gamada. La presencia del nuncio apostólico, Cardenal Orsenigo, confería legitimidad al evento, con participación masiva del público.³¹

Las autoridades cristianas montaron una estrategia política elaborada -considerar al nazismo un mal menor frente al peligro del comunismo- que se manifestó tanto en la actitud de la iglesia católica frente al advenimiento del III Reich como en su evolución posterior.

Por otra parte, los fieles católicos, que se mantuvieron alejados del régimen cuando no parcialmente opositores, no dejaban de ver en el anticomunismo nazi un

30 DESCHNER, Karlheinz: *Con Dio e con il Führer*. Ed. cit. pg. 33. Amigo de Mons. Kaas era Von Papen; ambos viajaron al Vaticano y se entrevistaron con el experto en relaciones con Alemania, Mons. Eugenio Pacelli, con quien prepararon las bases para el Concordato con el Reich. El futuro Pío XII consideraba que dicho acuerdo sería eficaz para establecer claros ámbitos de influencia en las relaciones entre la Iglesia y el Estado alemán, en cuanto a la educación de la juventud. Al respecto, John Cornwell: *El Papa de Hitler*. Ed. cit., p. 164 y ss.

31 HARVILL-BURTON, Kathleen: *Le Nazisme comme Religion*. Presses de l'Université Laval, Québec, 2006, p. 44.

“bien residual”, acentuado posteriormente con el estallido de una terrible guerra, mientras que los obispos católicos veían en Hitler -“estadista temeroso de Dios”- no solo un baluarte anticomunista sino también la posibilidad de un dique frente al radicalismo racista anticristiano de la línea de Alfred Rosenberg.³²

La iglesia católica separó los aspectos paganizantes del *Mito del S. XX* de Rosenberg, editado en 1930, del *leadership* de Hitler, desde la toma del poder en 1933. “Las críticas de los católicos se centraron en la obra *El Mito* y su autor, sin culpar por igual a Hitler mismo (...). Es un hecho irrefutable que la iglesia católica furtivamente buscó disociar la ideología rosenbergiana del liderazgo hitleriano”.³³

Del lado de los nazis, las publicaciones más extremistas, como la racista *Der Stürmer* de Julius Streicher, buscó asociar, ya desde antes de 1933, la lucha contra el judaísmo con el cristianismo. Se llegó a escribir en dicha revista que “Jesús luchó infatigablemente durante toda su vida contra los hijos del demonio (...) los mismos enemigos contra los que hoy luchamos, el *Volk* judío”. Se publicaron dibujos de altares, crucifixiones e iglesias. Contra las metáforas caricaturescas del peligro racial, la iconografía cristiana glorificaba a los nazis como firmes y leales creyentes.³⁴

Pero si para el fascismo el *Duce* era el conductor de excepción, y para la Iglesia Mussolini el hombre de la Providencia, Hitler era más que un líder político: era el chamán de la liturgia colectiva donde el pueblo se reencontraba en profunda unidad. Stern ha estudiado bien la relación entre la figura del *Führer* y la velada alusión al Cristo redentor, particularmente el Día del Partido, con claras referencias a componentes de la liturgia católica.³⁵

En el caso de Hitler, el líder se presentaba como un elemento que trascendía el simple carisma político weberiano. Como tempranamente lo advirtió Neumann, resulta significativo que, en la historia occidental, suelen invocarse los poderes mágicos presentes en las prácticas taumatúrgicas, en todas las ocasiones en que un soberano trata de afirmar su independencia de la religión y las fuerzas sociales. El carisma se completa en un plano religioso: llega a ser absoluto y exige la obediencia al líder, ya no por la utilidad de sus funciones -como en la realeza primitiva- sino por sus supuestas dotes sobrehumanas.³⁶

32 KERSHAW, Ian: *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*. Paidós, Buenos Aires, 2004, pp. 57-58.

33 HARVILL-BURTON: *Op. cit.*, p. 65.

34 KOONZ, Claudia: *La conciencia nazi*. Ed. cit., p. 267.

35 STERN, J. P.: *Hitler. The Führer and the people*. Fontana/Collins, Glasgow, 1975, pp. 85-91.

36 NEUMANN, Franz: *Behemot. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*. F.C.E, Méjico, 1943. pp. 119-121.

A partir de entonces, se repite lo mismo que ocurría en Italia, pero agravado. En la educación de la juventud, la Iglesia debía afrontar el enorme atractivo que para los jóvenes tenían los aspectos neopaganizantes del régimen que, a medida que pasaba el tiempo, hundía más y más sus raíces en los mitos del pasado. A las reuniones campestres y a la estética popular, se les unieron las ceremonias neopaganas en conmemoración del solsticio y el llamado al heroísmo, al sacrificio por el *Volk*, la nación y la raza, y a integrar las filas de una juventud más atrevida, en abierta oposición al cristianismo.

El primer choque se dio con las organizaciones juveniles confesionales. La *Hitler Jugend* afirmó la intención de absorber las mismas, manifestando la necesidad de una supraorganización de la juventud del Reich en una estructura unitaria. Con las organizaciones evangélicas se firmó un acuerdo; pero con las católicas -menos "nacionales", pues respondían a Roma- la relación fue más difícil. Aquí la absorción fue puramente formal; se crearon grupos de *HJ* en sedes religiosas, incluso en colegios, pero solo para participar en los desfiles, sustrayéndose al influjo espiritual de los máximos dirigentes. El problema se trasladó a la escuela. "Para educar hay que tener jóvenes a disposición. ¿Cómo hacerlo si la escuela los ocupa toda la semana y la Iglesia los reclama el domingo".³⁷ Los dirigentes de la *HJ* comenzaron una violenta campaña contra las escuelas "no formadoras de doctrina" y, por elevación, contra la Iglesia católica.

Las *Volkschule* eran instituciones del Partido, con la intención de beneficiar áreas rurales y económicamente postergadas, pero también para penetrar áreas católicas. En el proceso de erosión de la vieja clase dirigente, las instituciones básicas de la clase media tradicional, partidos políticos, universidades e iglesias, fueron duramente afectadas. El conflicto mundial impidió la profundización de la revolución política y económica, de por sí caótica en cuanto a las complejas relaciones entre los distintos sectores de la población activa. La síntesis de esa guerra a muerte fue un mundo de frustración y de exaltación colectiva. "La realidad fue reflejada por el hecho único de una coalición de aristócratas, civiles y clérigos de ambas iglesias cristianas, que unieron fuerzas para el complot de julio de 1944 como desesperado intento de salida del atolladero".³⁸

No obstante, no cabe pensar que los fieles cristianos se dejaban manipular mansamente. Resulta sintomático del clima de la época que los fieles católicos utilizaran la técnica de las movilizaciones de masa, organizadas en un gran escenario, para manifestarse como factor de poder. El Viernes Santo de 1934, en la

37 BENDISCIOLI, Mario: *Germania religiosa nel Terzo Reich*. Morcelliana, Brescia, 1936, pp. 236-237.

38 SCHOENBAUM, David: *Hitler's Social Revolution. Class and status in nazi Germany 1933-1945*. Doubleday & Co, New York, 1966, p. 296.

procesión por las calles de Colonia, participaron 25 mil jóvenes católicos más que el año anterior. Incluso muchos miembros de las SA y las *Hitler Jugend* tomaron parte vistiendo sus uniformes. Un oficial de inteligencia del NSDAP hizo un reporte donde apuntaba que resultaba claro que la población católica de Colonia, especialmente los hombres, habían incrementado su presencia en las celebraciones de la Iglesia, “con el carácter de una demostración política”.

En 1937, unos 800 mil católicos de toda Alemania viajaron a Aquisgrán para tomar parte en la *Heiligturmfest*. Ello sucedió poco después de que las autoridades locales del Sarre pretendieran remover los crucifijos de los colegios. En otras áreas de fuerte presencia católica, como en Baviera, ante el avance de la liturgia nazi, los sacerdotes locales se manifestaron con distintas muestras de disconformidad. El pueblo utilizó el tradicional saludo sureño *Grüss Gott!* en lugar del *Heil Hitler!*, enarbolando en las festividades la bandera local blanca y azul en lugar de la svástica.³⁹

Pero en el intento de remoción del mayor símbolo del cristianismo -los crucifijos en los colegios católicos-, Hitler siguió siendo visto como el “moderado”, opuesto a los elementos más extremistas y radicales del movimiento nazi, ya que su intervención para poner fin al entredicho y los disturbios, lo hacían aparecer como creyente y hombre religioso. Los líderes de las Iglesias fueron persuadidos de su sinceridad en la aceptación de los roles del cristianismo, y su reconocimiento y apoyo hacia el *Führer* jugó no poco en la legitimación del mito de Hitler.⁴⁰

Ya al promediar los treinta, el Vaticano había comprendido que ambos fascismos que habían llegado al poder -en toda Europa había fuertes movimientos fascistas, pero no en el gobierno-, no se limitaban a ser simples *guardianes pretorianos* de la cultura occidental frente a la amenaza comunista, sino que pretendían erigirse en *modelos alternativos* incluso en el plano espiritual, a la vez que constituían un ejemplo para los movimientos nacionalistas de Europa y de Iberoamérica. Las Encíclicas de Pío XI revelan que la Iglesia no podía escapar al imperativo histórico y debía intervenir en las cuestiones políticas.

El 14 de marzo de 1937, el Papa reveló su preocupación por el cariz que tomaban los acontecimientos en Alemania con su Encíclica *Mit brennender Sorge*:

Si bien la raza, el pueblo o el Estado en cualquiera de sus formas, y los representantes del poder estatal, tiene en el orden natural un puesto esencial y digno de respeto, quien los eleva de esta escala de valores a una verdad suprema,

³⁹ Los datos en HOUSDEN, Martyn: *Resistance and conformity in the Third Reich*. Routledge, London, 1997, pp. 50-51.

⁴⁰ BESSEL, Richard: *Life in the Third Reich*. Oxford University Press, 1987, p. 51.

divinizándolos con culto idolátrico, pervierte y falsifica el orden creado por Dios (...) sólo espíritus superficiales pueden creer en un Dios nacional, o una religión nacional o una sola raza frente a Dios, creador del mundo...⁴¹.

En el fondo se repetía, de alguna forma, la vieja *querrela de las investiduras* entre Pontificado e Imperio. Aunque Joseph Goebbels aconsejó ignorar la Encíclica, el régimen contestó con una mayor afirmación de la supremacía del gobierno sobre ambas iglesias cristianas. Los protestantes, con su división en iglesias regionales -*Landeskirchen*-, estaban más expuestos a la penetración nazi que los católicos, más autónomos y con una organización cuya jefatura era supranacional. Por eso, el régimen pensó en crear una Iglesia Estatal Cristiana alemana que incluyera a los protestantes. Contra los católicos se inició una campaña de difamación de sus instituciones, acusando a curas y monjas de usura, homosexualidad y perversión de la juventud, aunque no hizo mella en los fieles.

Se creó asimismo el Movimiento de la Fe, que nucleaba a los simplemente “creyentes” -*Gottgläubige*-, conformando una especie de iglesia pagana del Reich, contraria al cristianismo y a las iglesias institucionalizadas. Este movimiento centró sus esfuerzos en la descristianización de los ritos conexos al nacimiento, el matrimonio y la muerte, además de la reconversión de la Navidad como fiesta del solsticio. Se acompañó de una campaña de “separación de la Iglesia” que reclutó muchos adeptos, obviamente, entre los que dependían directamente del Estado: empleados municipales, funcionarios, docentes, miembros de las SS, etc. En 1939, el Anuario Estadístico del Reich daba la cifra de 3.481.000 *Gottgläubige*, apenas el 5% de la población.⁴²

Pocos días después de *Mit brennender Sorge*, Pio XI condenaba duramente al comunismo en *Divina Redemptoris*; la Encíclica salió a luz el 19 de marzo de 1937. La guerra civil en España estaba en su apogeo y la presencia roja no era mera retórica: los truculentos episodios de la República Española y del *Front Populaire* socialista-marxista francés, habían jaqueado las bases de la civilización europea.

En esta Encíclica, la Iglesia denunciaba la aparición de “una barbarie peor que la que yacía en la mayor parte del mundo al aparecer el Redentor (...) Este peligro tan amenazador es el comunismo bolchevique ateo, que pretende derrumbar radicalmente el orden social y socavar los fundamentos de la civilización cristiana”. El comunismo era anatematizado como falso ideal, utopía perniciosa, materialismo ingenuo, y reducción del hombre, la familia y la sociedad a una vida sin carácter sagrado y espiritual.

41 *Mit brennender Sorge*. I, 12 y 15.

42 GRUNBERGER, Richard: *Historia Social del Tercer Reich*. Destino, Barcelona, 1971, p. 467.

A las denuncias y protestas anteriores por la persecución de católicos en Rusia y Méjico, se añadían ahora las referidas a la persecución desencadenada contra fieles y sacerdotes en España, donde “la destrucción espantosa provocada por el furor comunista es realizada con un odio, barbarie y ferocidad que jamás se hubieran creído posibles en nuestro siglo”.⁴³ En España coincidieron los intereses del Vaticano con los de Roma y Berlín.

El Vaticano y la guerra

Al conflicto civil en la península ibérica le sucedió la guerra en Europa. Al principio una cuestión de intereses entre potencias europeas -como en la Gran Guerra-, se transformó en un conflicto cosmovisional internacional entre dos principios fanáticos, totalitarios e irreconciliables con la guerra rusogermana a partir de 1941, pese a que la ideología era la vestimenta de un choque por la hegemonía continental como en tiempos de Napoleón.

Ahora la Iglesia se alineó absolutamente con el esfuerzo alemán de guerra en el este. No debe resultar extraño. El comunismo era el ateísmo, la negación de Dios y de la civilización occidental; aquí no se trataba de competencias por la educación ni por el papel de las instituciones, ni la rivalidad por ganar el corazón del pueblo, pues con el stalinismo era imposible cualquier trato. La guerra contra Rusia, para los católicos y cristianos en general, era una cruzada europea. Los españoles, que recién terminaban su propio conflicto, conformaron la *División Azul*; los belgas católicos y su jefe León Degrelle, se alistaron en las *Waffen SS* y marcharon al este junto con la *Wehrmacht*.

En el Vaticano, la apoyatura intelectual del esfuerzo antibolchevique corría a cargo de los jesuitas del *Collegium Russicum*; permanecía, en el fondo, la vieja idea de recuperar para occidente a los ortodoxos. Tanto en Roma como en el resto de los países católicos europeos, los obispos apoyaron enteramente la guerra contra la Unión Soviética. El Episcopado alemán, en carta pastoral, llamó a los fieles “a cumplir con el deber, trabajar y combatir con espíritu de sacrificio, para servir a nuestro pueblo en el difícil tiempo de guerra y a la lucha contra el poder bolchevique”⁴⁴.

Sin embargo, el conflicto entre cristianismo y nazismo -en menor medida con el fascismo, toda vez que este era aliado del Reich-, había movilizó a los fieles del mundo entero, en una controversia que en realidad se arrastraba de tiempo

43 *Divina Redemptoris*. Introd. 1-5 y 20.

44 Carta pastoral del 10/12/1941, en DESCHNER, Karlheinz: *op.cit.*, p. 183.

atrás. La guerra con la URSS apenas matizó esta situación a pesar del cambio radical que significaba en el contexto internacional. En los países latinoamericanos, la opinión pública era mayoritariamente hostil al III Reich -cosa que aprovechó muy bien los Estados Unidos para unir al continente en su esfuerzo bélico, dicho sea de paso-, puesto que el catolicismo era la religión oficial y el sentimiento profundo de dichos pueblos.⁴⁵

Que el marxismo era obra de los judíos era una creencia generalizada en el período entreguerras, como ya se adelantó. Nolte observa que hasta Thomas Mann y Winston Churchill en su momento así lo creyeron, pues desde Trotsky hasta Leviné y Bela Kun, la cantidad de judíos en los *Soviets* era más que significativa. Al *aniquilamiento social* de los comunistas le corresponderá el *aniquilamiento biológico* de los nazis, pues al fracasar el socialismo en 1919 en el lugar más importante, Alemania, el comunismo estigmatizó al Reich como la cabeza del capitalismo mundial y al fascismo europeo como al “estado de excepción” creado por la burguesía para aniquilar la revolución socialista, idea que imperó en los círculos de izquierda prácticamente hasta 1990. Pero el trasfondo más grave de un fenómeno tan complejo, como afirma Nolte, fue “la interpretación injusta del gran enfrentamiento entre clases y culturas como la lucha a muerte entre dos pueblos, el alemán y el judío”.⁴⁶

En este plano se sitúa la mayor acusación que se les hace a la Iglesia y a Pío XII: la de no haber hecho nada por impedir el Holocausto. En los años sesenta, el dramaturgo Rolf Hochhuth -en *El Vicario*-, había señalado los “oídos sordos” del Vaticano ante el exterminio de los hebreos. Pero a fines del XX las acusaciones -y presiones- se hicieron mayores, al punto de haber obligado al Papa Juan Pablo II a pedir perdón reiteradas veces por la actitud de la Iglesia, gesto que a muchos católicos les pareció exagerado. La Iglesia, como se puede comprobar en innumerables testimonios y documentos, intervino en reiteradas oportunidades para ayudar a salvar a muchas víctimas de la guerra, incluidos los judíos.⁴⁷

45 Basta señalar los libros católicos en español que aparecieron por entonces, solamente de editoriales de Buenos Aires: TESTIS FIDELIS: *El cristianismo en el Tercer Reich*. Ed. La Verdad 1941; TESTIS FIDELIS: *Diez años de cristianismo en el Tercer Reich*. I.C.I. 1943; BENDISCIOLI, Mario: *Neopaganismo racista*. Difusión 1940; POWER, Miguel: *El cristianismo en el Tercer Reich*. Ed. Selectas 1941; POWER, Miguel: *La persecución nazi contra el cristianismo*. Difusión 1941; DUHAU, Alberto: *Las dos cruces*. Ideas 1941; LEBRETON, Julio S.J.: *La cruz svástica contra la cruz de Cristo*. P.A.A.C. S/F (Años 40); CHRISTIANUS: *El episcopado católico mundial y los problemas actuales*. S/Ed. 1944; ROSSO, Mario: *Violencia nazi contra la Iglesia*. Futuro 1961 (reed.). STEIN, Leo: *En el infierno de Hitler con Niemoller*. Claridad, Buenos Aires 1944. FEELY, Raymond S.J.: *Cristianismo y nazismo pueden coexistir?* Agencia Periodística Argentina. Buenos Aires 1940. El Padre Feely era profesor de la Universidad de San Francisco, California.

46En el epílogo de su libro *La guerra civil europea 1917-1945. Nacionalsocialismo y Bolchevismo*. F.C.E. México, 1994, p. 491.

47 Numerosos ejemplos en GASPARI, Andrea: *Los judíos, Pío XII y la leyenda negra*. Planeta, Buenos Aires, 1999, pp. 103-128.

Pío XII siempre hizo la distinción entre la nación alemana y el gobierno nacionalsocialista y cuando la invasión de la Unión Soviética, a despecho de la actitud militante del clero, él personalmente se abstuvo de bendecir la ofensiva contra Rusia. Sentía especial simpatía por el presidente Franklin D. Roosevelt y creía que este podía influir en la futura paz como un factor de equilibrio frente a Stalin, cosa que no ocurrió. Cuando Roosevelt le aseguró que la alianza con la URSS aseguraba un cambio de actitud por parte de los comunistas, que las iglesias de Moscú estaban abiertas y que al término de la guerra se restablecería completamente la libertad religiosa, el Papa se mostró naturalmente pesimista.⁴⁸

La universalidad del catolicismo había sido siempre el principal motivo de prédica de Pío XII. En las distintas alocuciones de Navidad en tiempos de guerra -especialmente la de 1944-, había hablado de la unidad del género humano y la diferencia entre pueblo y masa, en evidente crítica a los sistemas totalitarios. Y no era mero oportunismo ante el giro que tomaba el conflicto.

Eugenio Pacelli -que tenía familiares “cristeros”, asesinados por la revolución mexicana, y que como nuncio en Munich había sido testigo de los excesos de las revueltas soviéticas de 1918 y 1919- siempre había tenido buena predisposición hacia Alemania. Al asumir como Papa en 1939, le había reiterado al “*Führer* y Canciller del gran pueblo alemán” su esperanza de que las relaciones entre Iglesia y Estado continuaran fructificando “más que antes, ante esta nueva responsabilidad”, cuidando de apuntar la separación de los deberes de los fieles de los de los súbditos. En diciembre de ese año, en la Encíclica *Summi Pontificatus* anunció que elevaría a la dignidad episcopal a doce representantes de diversos pueblos y razas, consagrando pomposamente en San Pedro a dos americanos, dos africanos, un indio, un chino y seis europeos, en abierto desafío a las tesis racistas en boga.⁴⁹ De alguna manera, intuía el fin del eurocentrismo, el ascenso de Estados Unidos a la preponderancia mundial, el peligro eurasiático bajo la bandera de la hoz y el martillo, la importancia de Iberoamérica como reserva del catolicismo y el fin del colonialismo.

El Papa siempre se pronunció por la paz y la defensa de las naciones agredidas. Cuando las tropas alemanas invadieron Bélgica, Luxemburgo y Holanda en mayo de 1940, Pío XII pronunció un discurso pacifista y envió sendos telegramas de solidaridad a dichos pueblos. Mussolini le hizo saber su enojo, a lo cual Pacelli

48 En carta de diciembre de 1941, Roosevelt -en alarde de ingenuidad o cinismo-, llegó a decir a Pío XII: “La dictadura rusa es menos peligrosa para la seguridad de las otras naciones que la dictadura alemana. No olvidemos que la supervivencia de Rusia sería menos peligrosa para la religión que la supervivencia del nacionalsocialismo”. En GALEAZZI-LISI, Riccardo: *A la luz y bajo la sombra de Pío XII*. Plaza y Janés, Barcelona, 1967, p. 93.

49 GALEAZZI-LISI: *Op.cit.*, p. 97. Antes CORNWELL, John: *El Papa de Hitler*. Ed. cit., p. 235.

respondió que cualquier actuación contra él lo encontraría con la conciencia tranquila. “Sucedá lo que suceda, nada tenemos que reprocharnos ni nos asusta tener que ir a un campo de concentración”.⁵⁰

Cuando defeccionó Italia en 1943 y cayó el régimen fascista, los ejércitos aliados y alemanes invadieron la península y comenzó una dura campaña militar de veinte meses. Las tropas germanas ocuparon de inmediato gran parte del territorio, comprendida la capital. La posibilidad de una ocupación del Vaticano no era ilusoria. Sin embargo, a pesar de que Hitler consideraba al Vaticano un “nido de espías” y que “empaquetaría al Papa”⁵¹, jamás se atrevió a ocupar el pequeño Estado pontificio. La gran diplomacia de Pío XII no le ahorró que la aviación angloamericana bombardeara Roma, a pesar de ser declarada ciudad abierta. Numerosas fotografías muestran al pontífice orando con la gente en los escombros. Pero su temor siguió siendo, antes, durante y después del conflicto, el comunismo.

En Yalta, ante la insistencia de Roosevelt de que la futura organización de Europa debía tener en cuenta la opinión del Vaticano, Stalin preguntó con sorna: “¿Cuántas divisiones tiene el Papa?” Que estas palabras habían golpeado a Pío XII es notorio, pues al enterarse de la muerte del jefe soviético años después, levantó la vista del periódico donde leía la noticia y sonriendo le dijo a su médico -según testimonio del propio Galeazzi-Lissi -: “José Stalin ha muerto. ¡Ahora podrá ver cuántas divisiones tenemos allá arriba!” Su caridad era grande, pues sugirió que hasta Stalin podía ganarse un lugar en el cielo.

Todo lo antedicho no significa justificar las omisiones que pueda haber tenido el Vaticano en materia de genocidio, si es que realmente podía hacer algo más que salvar a muchos judíos. Pero hay que comprender que el panorama que tenía Pío XII ante sus ojos no es el que pudo tener Juan Pablo II o Ratzinger desde la perspectiva actual; la gran mayoría de la gente no sabía lo que realmente pasaba, como aún hoy la inmensa mayoría no sabe todo lo que realmente ocurrió en la Segunda Guerra Mundial y en el medio siglo siguiente.

En todo caso, no solo es una controversia referida al Holocausto. La Iglesia tampoco dijo nada cuando, aún no terminada la guerra en Europa, la Cruz Roja Internacional denunció que las alas democráticas habían arrasado la ciudad

50 En GIOVANELLI, Alberto: *El Vaticano y la guerra. 1939-1945*. Espasa Calpe, Madrid, 1961, p. 289.

51 “Yo entraré en el Vaticano cuando quiera. ¿Se creen que el Vaticano me avergüenza? A ése lo empaqueto también. Adentro está el cuerpo diplomático entero. Después nos disculpamos, estamos en guerra” Situación del 26 de julio de 1943 en el Gran Cuartel General del Führer, ante la invasión aliada de Italia. En HEIBER, Hellmut: *Hitler y sus generales*. Crítica, Barcelona, 2005, p. 182. Se trata de la recopilación taquigráfica completa de las conversaciones militares de Hitler. Al Vaticano estaban asignados, entonces, el agregado norteamericano, Tittman, y el embajador inglés, Osborne, cosa que en una guerra total puede parecer una excesiva independencia.

artística de Dresde, masacrando más civiles que en Hiroshima. En 1927, Pío XI había llamado a Mussolini “el hombre de la Providencia” pero cuando, en 1945, pocos días antes de su detención y asesinato, el *Duce* visitó a Schuster en Milán, el que fuera llamado “Cardenal fascista” le pidió encomendarse a la misericordia de Dios, único capaz de perdonar cualquier pecado. Por lo visto, la mezcla de ambas ciudades agustinianas ha sido una constante en la historia humana.

De todos modos, resulta evidente que las críticas a Pío XII y su Iglesia no responden tanto a un afán de rigurosidad histórica cuanto a la tendencia actual de desacralizarlo todo, en aras de entronizar una sociedad totalmente *irreligiosa*. Y no es ajena la obsesión posmoderna de acentuar algunos aspectos en detrimento de otros a fin de demonizar conductas y actitudes.

Injusta parece ser la tendencia -dice Nolte-, presente en gran parte del público occidental, de percibir de modo exclusivo el aniquilamiento de los hebreos en la solución final y no, por ejemplo, la muerte de millones de prisioneros soviéticos y los muertos por eutanasia y, sobre todo, la muerte y sufrimiento de millones de *kulaks* rusos, una clase poco organizada e incapaz de resguardarse de su aciago destino.⁵²

Resulta sintomático que el sentido mesiánico y misional del movimiento nacionalsocialista acabó por acercarlo al comunismo que tanto detestaba. Al promediar la guerra, el Reich se presentaba como adalid de una verdadera “cruzada mundial contra el bolchevismo por la salvación de la cultura europea”, con los resultados conocidos.

Inexorablemente, la distinción clásica de la política *amigo-enemigo* se convirtió en la de *fiel-infiel*, como en las guerras de religión. Además, por encima de toda coincidencia entre posturas extremistas, el segundo conflicto mundial demostró la primacía de los intereses políticos, pero bendecidos como empresa divina. En cualquier discurso de los estadistas involucrados en la lid -incluso los democráticos- pueden hallarse continuas apelaciones a Dios y la justicia de su propia causa.

Los comunistas habían justificado su propio sistema al hacer de la guerra civil mundial una forma permanente de lucha política; Lenin sostuvo el dogma de que la ideología comunista era una verdad absoluta y universal. Pero no alcanza esta absolutización -de características claramente maniqueas- para explicar totalmente el accionar del comunismo. No hay que olvidar el inmanentismo materialista de Marx y Engels, aspecto que nutrió dicha doctrina a lo largo de toda su experiencia

52 NOLTE, Ernst: *I presupposti storici del nazionalsocialismo*. Marinotti Ed., Milano, 1998, p. 171. Esta obra contiene conferencias de Nolte en Italia.

histórica. En una sociedad semejante de guerra permanente, carente totalmente de trasmundo y de Dios, toda conducta era válida. El motor del comunismo, la causa de su fuerza, de su tragedia y fracaso, fue establecer un *determinismo no divino*.

El grave problema del fascismo es que no pudo superar la sociedad moderna y tecnológica que decía querer corregir y combatir. Bien se dieron cuenta Martin Heidegger y Ernst Jünger de que el nacionalsocialismo no solo no se había apartado de los males modernistas sino que, en muchos aspectos, estaba a la vanguardia del mesianismo tecnológico. Al no poder superar el plano ritual y gestual, naufragó en las playas de la ideología. El pecado del fascismo y del nacionalsocialismo fue *carecer de una metafísica*.

Proponer la alteridad del modelo comunista o del fenómeno nazifascista respecto del pensamiento occidental, señalándolos como una suerte de patologías, es producto de la ignorancia, mala fe o cobardía de tantos catedráticos y periodistas. El drama de occidente fue *el extravío y la desviación*. Vencido el nazifascismo y terminado por implosión el comunismo, quedó en pie la sociedad demoliberal, es decir la quintaesencia del mundo laico burgués, emblema de las Modernidad-Postmodernidad. Esta sociedad totalitaria de pretensión hegemónica es la que más potencia los aspectos secularizadores, individualistas, egoístas e irreligiosos del hombre. La sociedad globalizada del demoliberalismo, del mesianismo tecnológico y del capitalismo salvaje demuestra ser la *apostasía final*.

FUENTES

- *Divina Redemptoris*. Encíclica de Pio XI del 19 de marzo de 1937.
- *Mit Brennender Sorge*. Encíclica de Pio XI del 14 de marzo de 1937.
- *Non Abbiamo Bisogno*. Encíclica de Pio XI del 29 de junio de 1931.

Textos disponibles en Internet

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

- BENDISCIOLI, Mario: *Germania religiosa nel Terzo Reich*. Morcelliana, Brescia, 1936.
- BESSEL, Richard: *Life in the Third Reich*. Oxford University Press, 1987.
- BIONDI, Dino: *La fabbrica del Duce*. Valecchi, Firenze, 1973.
- CORNWELL, John: *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pio XII*. Planeta, Buenos Aires, 2000.

- DE FELICE, Renzo: *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso 1929-1936*. Einaudi, Torino, 1974.
- DE FELICE, Renzo: *Entrevista sobre el fascismo*. Sudamericana, Buenos Aires, 1979.
- DESCHNER; Karlheinz: *Con Dio e con il Führer. La politica dei Papi durante il nazionalsocialismo*. T. Pironti Ed. Napoli, 1997.
- EATWELL, Roger: *Fascismo. Verso un modello generale*. Antonio Pellicani, Roma, 1999.
- ELIADE, Mircea: *Tratado de Historia de las Religiones*. Era, Méjico, 1979.
- ESCHMANN, Ernst: *El Estado fascista en Italia*. Labor, Barcelona, 1931.
- FREYER, Hans: *Teoría de la época actual*. F.C.E, Méjico, 1958.
- GALEAZZI-LISI, Riccardo: *A la luz y bajo la sombra de Pio XII*. Plaza y Janés, Barcelona, 1967.
- GASPARI, Andrea: *Los judíos, Pio XII y la leyenda negra*. Planeta, Buenos Aires 1999.
- GENTILE, Emilio: *Il culto del Littorio*. Laterza, Roma-Bari, 1995.
- GENTILE, Emilio: *La vía italiana al totalitarismo. Partido y Estado en el régimen fascista*. S. XXI, Buenos Aires, 2005.
- GRUNBERGER, Richard: *Historia Social del Tercer Reich*. Destino, Barcelona, 1971.
- HARVILL-BURTON, Kathleen: *Le Nazisme comme Religion*. Presses de l'Université Laval, Québec, 2006.
- HEIBER, Hellmut: *Hitler y sus generales*. Crítica, Barcelona, 2005.
- HOUSDEN, Martyn: *Resistance and conformity in the Third Reich*. Routledge, London, 1997.
- KERSHAW, Ian: *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*. Paidós, Buenos Aires, 2004.
- KOONZ, Claudia: *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*. Paidós, Barcelona, 2005.
- LEFEBVRE, Henri: *Problemas actuales del Marxismo*. Nagelkop, Córdoba, 1965.
- LONGHITANO, Rino: *La política religiosa di Mussolini*. Cremonese, Roma, 1938.
- Mc CLOSKEY & TURNER: *La Dictadura Soviética*. Morata, Madrid, 1963.
- MOSSE, George: *La Nazionalizzazione delle Masse*. Il Mulino, Bolonia, 1975.
- MOSSE, George: *Intervista sul Nazismo*. Laterza, Roma-Bari, 1977.
- MOSSE, George: *Le origini culturali del Terzo Reich*. Il Saggiatore, Milano, 1984.
- MUSSOLINI, Benito: *La Dottrina del Fascismo*. Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma, 1937.
- NEUMANN, Franz: *Behemot. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*. F.C.E, Méjico, 1943.
- NOLTE, Ernst: *Dramma dialettico o tragedia? La guerra civile mondiale e altri saggi*. Perugia University Press, Roma, 1994.

- NOLTE, Ernst: *La guerra civil europea 1917-1945. Nacionalsocialismo y Bolchevismo*. F.C.E., Méjico, 1994.
- NOLTE, Ernst: *I presupposti storici del nazionalsocialismo*. Marinotti, Milano, 1998.
- PAYNE, Stanley: *A History of Fascism 1914-1945*. Routledge, London, 2003.
- SCHMITT, Carl: *Teología Política*. Ed. Struhart, Buenos Aires, 1985.
- SCHOENBAUM, David: *Hitler's Social Revolution. Class and status in nazi Germany. 1933-1945*. Doubleday & Co., New York, 1966.
- SNYDER, Louis: *Encyclopedia of the Third Reich*. Mc Graw Hill, London, 1976.
- SPENGLER, Oswald: *Años Decisivos*. Espasa Calpe, Madrid, 1962.
- STALIN, José: *El Gran Debate 1924-1926. Tomo 2: El socialismo en un solo país*. P y P, Córdoba, 1972.
- STERN, J. P.: *Hitler. The Führer and the people*. Fontana/Collins, Glasgow, 1975.
- TALMON, Jacob: *Mesianismo Político*. Aguilar, Madrid, 1960.
- VIDAL, César: *La ocasión perdida. La Revolución Rusa de 1917*. Península, Barcelona, 2005.
- WERTH, Alexander: *Rusia en la Guerra 1941-1945*. Grijalbo, Barcelona, 1968.